



MUNTADAS

TRABAJOS RECIENTES

16 de noviembre al 31 de diciembre 1999
Santiago de Chile

GALERIA GABRIELA MISTRAL

1998. Han transcurrido ya treinta años desde la irrupción de las rebeliones contra la "sociedad de consumo" de los estudiantes franceses y de jóvenes de los campus a través de todo el planeta. Documentos amarillentos fechados en ese famoso mes de Mayo yacen sobre mi mesa de trabajo. Los volví a sacar para explicar a mis jóvenes estudiantes de la carrera de "Ciencias de la Información y de la Comunicación", lo que significó para la reflexión y las prácticas de comunicación este período de "compromiso" y de deseo de "happening permanente", en que los escritores se interrogaban acerca de las relaciones entre la escritura y la protesta, mientras los artistas plásticos se incorporaban a la contienda llamando a hacer una huelga de exposiciones, a boicotear la Bienal de Venecia y acarrear con sus propias manos afiches con los que cubrían los muros de arriba a abajo, reclamando a la calle el imprimátur para sus imágenes y consignas. Entre esos ajados archivos, resaltaba un Manifiesto. Sus firmantes declaraban que su "misión en adelante consiste, esencialmente, en llegar hasta esa masa de "no-público", hasta ahora menospreciada". "Está totalmente claro ahora - escribían - que ninguna definición de la cultura será válida ni tendrá sentido, sino a condición de mostrarse útil a los propios interesados, es decir, en la misma medida en que el no-público encontrará en ella el instrumento que necesita... Todo esfuerzo de orden cultural no podrá sino parecerse vano mientras no se proponga, expresamente, el inventar con vistas a ese no-público, ocasiones de politizarse, de elegirse libremente, más allá de ese sentimiento de impotencia y de absurdidad que no cesa de suscitar en él un sistema social en que los hombres no están prácticamente jamás en condiciones de inventar en conjunto su propia humanidad." Unos diez años antes el término "politizar" había sido ennoblecido por Roland Barthes en sus famosas "Mitologías". "El mito, dijo, es una palabra despolitizada... Suprime toda dialéctica, todo ascenso más allá de lo inmediatamente visible, organiza un mundo sin contradicciones puesto que, carente de profundidad, un mundo exhibido como evidente, inaugura una gozosa claridad: las cosas aparentan significar por sí solas."

En un cuarto de siglo, el desencanto frente a las grandes utopías políticas y su puesta entre paréntesis en beneficio de la miope mirada de las tecno-utopías, han envejecido la noción de "politización", a medida que la famosa cuestión de "compromiso", tan apreciada por Jean Paul Sartre, bajaba en la Bolsa de los valores intelectuales. Pero, el problema del distanciamiento entre las obras y la experiencia de la mayor parte de la gente, eso, permanece más que nunca de actualidad. Cuando se hace abstracción de las modas y de los estados de ánimo, la inteligibilidad política del mundo aparece, como nunca, esencial a los que continúan creyendo que es posible para los humanos "el inventar en conjunto su propia humanidad." El trabajo de Muntadas en el curso de este cuarto de siglo es un testimonio de ello. Llámesele comprometido o no, aun si las condiciones en que se practica la lectura crítica de las apariencias han cambiado, ella se define siempre como un arte de alertar (y podría decirse, en estos tiempos de morosidad, de despertar) la conciencia. Un arte tanto más estratégico cuanto que, aquello que ha cambiado radicalmente en las dos últimas décadas, es que una noción tecnicista de la comunicación se ha apoderado cada vez de mayores espacios públicos y privados, y se ha naturalizado como "tecnología de la gestión social". El problema es que el auge de esta definición utilitaria, que remite a una teoría de la organización y de las organizaciones, ha privilegiado el retorno a un empirismo chato o de corta vista y ha tornado la vigilancia epistemológica respecto a las ideologías y a los ideólogos de la transparencia, una excepción.

Desenmascarar las simulaciones de la transparencia, ir más allá de lo inmediatamente visible, como decía Barthes, y desmenuzar los mecanismos latentes, es a lo que se orienta toda la trayectoria de Muntadas desde que, a comienzos de los años 70, decidió alejarse de la pintura, por motivos muy semejantes a los que expresaran los artistas de Mayo del 68: construir por sí mismo ese nuevo rol que él llama "artista de los medios de comunicación". Si

la palabra "vanguardia" no hubiera sido tan prostituida por la historia de las luchas, yo diría que Muntadas lo ha sido desde sus primeras obras. A la consigna de Mayo del 68, rebelión que privilegiaba la galaxia Gutenberg, ("Toda la prensa es tóxica. Leed los volantes, los afiches, el diario mural", se leía en los muros de París), el artista catalán prefirió una apropiación plural de los medios de comunicación. Lo que ha determinado que, hoy por hoy, aparte de sus obras videográficas, utilice, asimismo, en sus instalaciones: fotos, textos, cultura, sonido, video. Y que, sirviéndose de las inmensas potencialidades del ciberespacio, se haya visto impelido a inventariar las censuras y las prohibiciones culturales, en una versión Web de The File Room.

No es el menor de sus méritos el haber osado esa elección transversal en una época en que nada era menos evidente cuando uno se definía por una actitud crítica en relación a los medios de comunicación. Recordemos las inmensas lagunas del pensamiento contestatario a comienzos de los años 70, en materia de medios de comunicación. Las fuerzas críticas permanecieron en lo esencial, sea en la cantinela de una estrategia de agitación y propaganda que había olvidado a Dziga Verlov, sea en una concepción puramente instrumental de los medios de comunicación: "Cambiemos a los propietarios; metamos otros contenidos y todo marchará mejor", concepción tan bien estigmatizada desde 1972 por Jean Baudrillard en: Por una Crítica de la Economía Política del Signo. Insólito era en dicha época el cuestionamiento acerca de la naturaleza de la cultura mediática, cultura transformada en cultura cotidiana, incorporada en los hábitos y en los modos de vida. Escasa muestra de imaginación había para proponer formas de control democrático del dispositivo de comunicación. Muy pocos tenían la intuición de que un modo de comunicación, más que constituir una suma de técnicas y de mensajes "cuyo signo podía invertirse", era ante todo un modelo de organización y de gestión de relaciones sociales. Y el genio político, la hazaña de Muntadas, es el haber comprendido precozmente que los medios de comunicación no eran "medios" con contenidos intercambiables, sino que estaban engendrando "un medio ambiente", un entorno vital.

Ninguna calificación logra por sí sola resumir ese "papel" o "función" original que se ha asignado Muntadas. Artista de los medios de comunicación. Sí. Pero, aun admitiendo que su condición de artista constituye el faro que ilumina el conjunto, ella es, al mismo tiempo, más que eso. Y porque es más que eso él realiza tanto obra de creador, como proporciona a sus dotes de artista toda una dimensión visionaria. Observando sus métodos de trabajo, resulta evidente que es a la vez historiador y etnólogo, como lo demuestran las pacientes investigaciones que efectúa en archivos de todo tipo y el tiempo que emplea en pasar del concepto a la obra. Si es capaz de operar de modo tan sutil con los medios electrónicos, como lo hace, sin jugar al aprendiz de brujo, es decir, fascinándose sin caer en la trampa de la fascinación, es porque su temporalidad es diferente a la del dispositivo cuya trama oculta revela, así como la red de actores que lo sustentan. En el corto plazo, en el acontecer, tiempo por excelencia del cronista y del periodista, que se forjan al calor del ruido volcánico, opone permanencias y genealogías. ¿Tal vez lo ignora? Pero, yo creo que en eso, su enfoque de las situaciones es eminentemente contemporáneo de las preguntas que cruzan las desgarradoras revisiones de numerosos sectores de las ciencias humanas, que han abandonado las grandes construcciones totalizadoras y se muestran más atentas a las situaciones, a los gestos y a la gente común. Es por eso, por otra parte, que las parejas de problemas que obsesionan a nuestro artista mediático desde hace tiempo son también las que preocupan, por ejemplo, a las ciencias de la información y de la comunicación. Al igual que Muntadas, ellas tienden a establecer pasarelas entre esos términos con múltiples polaridades, que estructuran (y desnaturalizan) los "grandes problemas" inherentes a la comunicación, legitimando los "cotos vedados": subjetivo/objetivo; individuo/sociedad; libre albedrío/determinación; público/privado; producción/consumo; emisión/audiencia; micro/macro; local/global y muchas otras del mismo género.

Muntadas es también semiótico. Declaró la guerra al proceso de erosión del significado de las palabras que denunciara poco antes de su muerte el filósofo Gilles Deleuze. No es exagerado señalar, en efecto, que a la desregulación de los sistemas de comunicación, y a su sometimiento a las leyes del mercado, ha correspondido, desde los años 80, una verdadera desregulación de las palabras que nos sirven para denominar el mundo. Ahora bien, como lo señalaba Camus, "nombrar mal las cosas, es aumentar la desdicha del mundo".

Debido a que su experiencia es la de un artista cosmopolita, puesto que el globo, para él, es una experiencia vivida a diario, Muntadas sabe leer la angustia de la mayoría de los habitantes del planeta y los nuevos métodos de control social que se instalan con motivo de la aceleración tecnológica. Sabe que lo que se juega en los medios de comunicación, y más aún, en la llamada esfera de las industrias culturales (de la que forma parte, por supuesto, el turismo, lo que él aclara muy bien), o, incluso, en la esfera del espectáculo (pues es allí donde todo confluye, como lo muestra a las mil maravillas Media Stadium), concierne cada vez más a todos los que se interrogan a propósito de la evolución de la democracia. Es urgente que la sociedad civil reconquiste las máquinas para comunicarse al margen de los caminos de promoción del marketing. En este fin de siglo, es preciso reconocer que es necesaria una cierta valentía para insistir en abordar el famoso problema de los medios de comunicación, y del proceso de industrialización de la cultura, en su relación con el futuro de la democracia, así como en explorar, con el rigor requerido, todas sus ramificaciones. Muchos factores operan en sentido opuesto.

Por una parte, existe una tal influencia sobre los espíritus de las macro-concepciones de la llamada globalización de la comunicación, que es difícil escapar a ellas. "La globalización —escribía, no hace mucho, el periodista mejicano especialista en las culturas populares, Carlos Monsivais— significa no tener nunca que decir que lo lamentas". Quería señalar así, que la tecno-globalización se ha convertido en lo que yo he bautizado como un "prêt-à-porter ideológico", que diluye las responsabilidades que los diversos actores revisten respecto al estado del mundo y las lógicas de exclusión de todo tipo que la caracterizan. La mitología tecno-globalista implica adherirse a la fatalidad. Todo aparece allí tan embrollado, que, en última instancia, todo el mundo es sobrepasado y ya nadie puede o debe rendir cuentas. La "aldea global" es un planeta desprovisto de actores sociales, aparte de aquellos que, gerenciando el mercado, pretenden "auto-regularse" y, al mismo tiempo, regular el conjunto de la sociedad y el planeta. A los ojos de tales actores, que se proponen reducir la libertad de palabra a la libertad de expresión comercial, y fusionar publicidad e información (tema importante en la obra de Muntadas), no les hacen gracias ni los interrogantes acerca del papel que debe jugar el poder público en un ordenamiento de los sistemas de información y de comunicación, que preserve las vías de expresión ciudadanas de las lógicas de exclusión mercantil y tecnológica, ni aquellas que se refieren a la nueva función de las diversas organizaciones de la sociedad civil, como factor decisivo de presión para exigir del Estado que cumpla con su rol de mediador a través de la formulación de políticas públicas.

Por otra parte, las micro-concepciones de naturaleza neo-populista de la democratic marketplace y de la soberanía absoluta del consumidor, hacen estragos. El usuario de los medios de comunicación recuperaría la palabra en un libre mercado transformado en el paradigma de la democracia y pasaría del status de consumidor pasivo al de co-productor gracias a la varita mágica del librecambismo, tornando así obsoleto, incluso arcaico, todo pensamiento que siga creyendo que el principio de free flow of information, no es sinónimo de justicia y de igualdad entre los pueblos. Muntadas invoca la inteligencia de sus interlocutores. El se encuentra en las antípodas de la prepotencia del tipo de aquella en que, por ejemplo, cayeron los espe-

cialistas del estructuralismo de los años 60 y 70, que se creían los únicos depositarios de la clave de lectura de sus textos. Pero, tal como Jean-Luc Goddard, Muntadas está firmemente convencido que la lectura crítica no es una ciencia infusa y que es indispensable cultivarla, tal como se cuida el propio interior, y que es necesario continuar desmontando los mecanismos, sutiles o abruptos, de la censura y del condicionamiento de los corazones y de los espíritus. Si bien está convencido con Marshall McLuhan, que "los medios de comunicación son el mensaje", él, sin embargo, a la inversa del canadiense, no renuncia a creer que el medio tiene también un "contenido", constituido por géneros de narración y por una multitud de procedimientos y de protocolos minuciosos y cotidianos, y que es a través de ellos, y, muy a menudo, a pesar de ellos, que carbura la ideología de la transparencia. Al poner en escena la estructuración de tal o cual dispositivo de comunicación (The Board Room, por ejemplo), el organigrama de la producción televisiva, los gestos de los actores de una campaña política, son para hacernos ver que, ni usted, ni yo, ni él, podemos pretender determinarnos a través de nuestra sola conciencia. Todos nosotros, supuestos "consumidores absolutamente soberanos", estamos moldeados, en todos los niveles de la sociedad, en modos de organización históricamente establecidos, que nos predisponen a tener una actitud más que otra. La resistencia a las ideas preconcebidas pasa también por ahí. Conocer nuestro margen de maniobra es comenzar a liberarse de él. La ley de la industria del espectáculo es Panem et Circenses, pero sobre todo: ¡nada de pedagogía! No obstante, como lo señalaban Deleuze y Guattari, sólo un enfoque "pedagógico" del concepto puede salvarnos del "desastre" que implica la caída de los conceptos en el mercantilismo. El artista de los medios, Muntadas, nos muestra que esa reapropiación pedagógica no tiene nada que ver con la didáctica que influyó en los tiempos de la agitación y de la propaganda, sino que ella es placer. El nos convence que es la única manera de tener a raya a un dispositivo que se propone envolvernos por medio de la seducción.

¿Es necesario insistir? Micro y macro-creencias son las dos caras de la misma moneda. Ambas se turnan para propiciar la "cultura de la deserción" del consumidor, favorita del ideólogo del neoliberalismo Milton Friedman, que ve en ella la única vía posible de resistencia metabólica a las leyes naturales de competencia mercantil.

Nuestros contemporáneos se tornan cada vez más amnésicos. Nos inclinamos cada vez más a dejar de lado el origen de las diversas ideas y visiones del mundo. Se está produciendo de cierta manera una simbiosis entre el ahistoricismo del tiempo de la comunicación en tiempo real y el modo con que vivimos y captamos el mundo. Tal sacrificio de la genealogía intelectual en el altar de la instantaneidad, este olvido del problema del "cómo" y del "por qué" de las diferentes problemáticas individuales (y colectivas), nutre un relativismo ambiental que se legitima como liberación en relación a los dogmatismos y a los rígidos esquemas de las décadas del "compromiso". El problema estriba en que, a fuerza de relativizarlo todo, todo se equivale. Es debido a que su perspectiva opera desde la distancia que le confiere un enfoque genealógico, que la obra de Muntadas nos motiva. Ella nos recuerda que la vigilancia epistemológica es una virtud cardinal de la vida democrática y que, únicamente la voluntad y la imaginación pueden ayudarnos a romper el círculo vicioso de la creencia en la fatalidad tecno-global, que incita a pensar que las sociedades humanas se habrían marginado de la historia y que, por lo mismo, sólo nos queda "aprovechar lo existente". Es decir, parafraseando un slogan publicitario inscrito sobre la imagen teñida en azul de un camión-trailer en Media Stadium, que la única alternativa que nos quedará de ahora en adelante, será de abstenernos de ser los actores de la sociedad para no ser sino espectadores: "Bringing the Action to the Audience".





“La Siesta” está constituida por imágenes documentales tomadas de la obra del cineasta holandés Joris Ivens, que conforman la materia prima de un sueño poco aleatorio, en el cual un video proyecta en las paredes blancas la obra de este documentalista holandés. El sillón que acompaña a la proyección es el receptor de los sueños que aparecen en este elemento audiovisual. Máquinas, trabajadores y movimiento urbano pero también manifestaciones, represión y guerra, señalan los fundamentos sobre los que descansa nuestra sociedad actual, la epopeya de sus orígenes y las raíces de sus conflictos. Como oleaje insistente de un mar sacudido por la tormenta, las imágenes se abaten sobre su soñador hasta rendirlo. Soñador y universo soñado coinciden en un rincón abandonado e inmóvil donde la imagen parece dar vida a los objetos, vibrando a la manera de un alma o una conciencia.

“Architektur, Räume, Gesten”

es una carpeta de diez fotocollages y una portada que interrelacionan arquitecturas, lugares y gestos, con el propósito de poner de manifiesto las características y los entrelazamientos adoptados por las diversas formas de poder. Esta es una serie de obras en las cuales hay para cada una tres fotografías puestas en relación. En cada caso hay una referencia a un espacio arquitectónico (Architektur), a un espacio interior (Räume), y a un gesto (Gesten). La idea es que el espectador haga relaciones entre los gestos, los espacios y la arquitectura.

“Portraits” / “Portrait”

es el producto de las propuestas que caracterizan la obra del artista y de una temática también recurrente: el análisis del gesto político, a través del aislamiento, la descontextualización, la descomposición, el reciclaje. La serie de foto-serigrafías recorre un tropo reiterado en el paisaje de los medios, el de la declaración para la cámara. Una fragmentación selectiva que aísla la acción en el tiempo y en el espacio, sustrae la identidad de sus protagonistas para poner en evidencia los aspectos generalmente desapercibidos de sus presentaciones y de la construcción de sus imágenes públicas. La figura recurrente del micrófono complementa al hablante como una de las tantas prótesis que conforman el cuerpo político mediático.

Jefe División de Cultura del Ministerio de Educación
CLAUDIO DI GIROLAMO CARLINI

Jefa Departamento de Programas Culturales
y Directora Galería Gabriela Mistral
LUISA ULIBARRI LORENZINI

GALERIA GABRIELA MISTRAL
Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins 1381
Santiago de Chile
Teléfono (56-2) 7319954 / Fax (56-2) 6650815
e-mail: lulibarr@mineduc.cl

Departamento de Programas Culturales
División de Cultura
MINISTERIO DE EDUCACION

MUNTADAS

TRABAJOS RECIENTES



16 de noviembre al 31 de diciembre 1999
Santiago de Chile

GALERIA GABRIELA MISTRAL